

**VICENTE
QUIRARTE
CASTAÑEDA**

TRES RELATOS DEL CHOPO

1910: 4 de septiembre

A José C. Valadés

El empleado del Ferrocarril Central entra en la oficina, cuelga la levita en el perchero, contempla las dos torres del palacio de cristal del Chopo mientras extrae del cajón del escritorio las listas de viajeros e itinerarios. Las Parlange y las Casasús, en el mismo tálburi, ascienden por la avenida Verónica, después de la cabalgata matutina en Chapultepec, cruzando apuestas sobre si el general llegará a la ceremonia en el landó negro con el escudo mexicano grabado en oro o en el opaco faetón victoriano. La más rubia de las Parlange se inclina por el landó. En el estudio, Julio Ruelas se arma de papel, plumillas, tinta sepia, y antes del primer trazo mira el cielo de la clara mañana de septiembre. Doña Carmen no descansa en medio de la multitud que se ha reunido a la entrada del Chopo, bajo los relieves a colores en madera, bajo el portalón sostenido por delgadas columnas, suspensa la enorme farola de papel con sus dragones áureos.

El landó negro que avanza por Héroes de la Independencia se carga ligeramente a la derecha; el general lo advierte a Rafael Chousal, en medio de instrucciones para ministros, menor presupuesto para el ejército, importación de vajillas y mantelería, la casa de la viuda de Braniff para la embajada japonesa, la recepción a Polavieja. El general contempla a su derecha la gigantesca estructura metálica del Palacio Legislativo, cuando el landó desemboca en el Paseo de las Estaciones. Atrás, el humo de las locomotoras en los andenes del Ferrocarril Central, y al frente, más allá de la guerrera de botones dorados del cochero, de los caballos blancos y sus crines relucientes, más allá aún de los cascos prusianos de la escolta con sus moharras de plumas, el general contempla el museo del Chopo, así a lo lejos como un juguete de la exposición de París tejido por una araña caprichosa.

La más rubia de las Parlange aplaude para sí misma y mira triunfalmente a las Casasús, cuando el brillante landó negro se detiene frente al museo y se forma la valla de honor. El general entra tomando del brazo a la esposa del encargado de negocios extranjeros del Japón. Doña Carmen los recibe bajo la bóveda del museo, nota la condecoración solitaria —la cruz de la constancia de soldado veterano de la República— destacando en el fondo negro de la levita, y la Casasús gana la apuesta a la menor de las Parlange, y la Parlange hace un mohín de disgusto, soñando con el pecho del general lleno de tintineantes entorchados, mientras Julio Ruelas arroja hecha pedazos una tercera hoja de papel al piso del estudio y el empleado del Ferrocarril Central ve desde su oficina la multitud de léperos que han instalado mirador en el muro de una casa lateral al museo.

El general recorre la exposición, encabezando la multitud que inunda los pasillos; mira las banderas mexicanas y japonesas que se han colocado en toda la extensión del museo de reluciente estructura de acero, erguida su bóveda apuntada sobre el juego de color y de líneas que llena por completo el edificio. El general recorre la sala, contemplando en las vitrinas —a través de ese doble juego con el que se burlan de nuestra vista los cristales—, los tìbores, las tazas para té, las porcelanas pintadas a mano, las cajas musicales de lacas, los pómulos altos de la señora Horigoutchi, los dragones en mi-

niatura, los ingenuos caballos de madera, la mirada lúcida y penetrante de Justo Sierra, los trabajos en metal, las lámparas y charolas en relieve que muestran campesinos en la siembra del arroz o enfurecidos samurais trenzados en combate, el óvalo perfecto en el rostro de la más pequeña de las Parlange, las pinturas sobre papel de arroz, sobre bambú o sobre seda. El general se detiene frente a una estampa: un cielo tórrido y una ola solitaria, que se rompe, pura y clara, contra el acantilado apenas sugerido por los delicados pinceles y la tinta aguada. Más allá, un ruiseñor canta en la rama de un naranjo y a la izquierda los secretos encantados de un haikú, la colección de kimonos con paisajes invernales de Kioto, y Telésforo García y familia, y Antonio Alvarez Rul, seguramente también señora e hijas, las delicadas herramientas de ebanistería, y la señorita Concepción de Arrangoiz, las cerilleras, las cajas para tabaco y el embajador Creel conversando con Ramón Corral, los ceniceros en forma de flor de cerezo o de elefante, y el general recordando la mirada verde azul o gris de James Creelman, y las armas de fuego grabadas, las culatas con incrustaciones de concha y plata.

El general termina de recorrer la exposición y se dirige al jardín. Entre los árboles enanos y el paso indiferente de los pavorreales, junto al estanque donde flotan grandes lotos, doña Carmen rechaza con una sonrisa la limonada fría que le ofrecen, cuando ve llegar al general, que ocupa el lugar de honor en la mesa y escucha el discurso del representante japonés, mientras piensa en Creelman y en Bernardo Reyes; busca con la mirada a Limantour, recordando vagamente los rasgos del norteño de escasa estatura que salió libre por su influencia. El general continúa escuchando el discurso, aprieta los puños, piensa en los cielos impecables de Oaxaca y en el sabor que tenía la pólvora en el aire un día de abril en Puebla, y contempla esa bóveda que reafirma la entrada por sus manos de un nuevo barroco imaginativo y desatado. Sobre su cabeza, la luz entra cegadora desde todos los ángulos; doña Carmen escucha el discurso pensando en los vestidos para el gran baile de Palacio del 15 y la mayor de las Casasús flirtea desde lejos con un *lagartijo* de ocasión que fuma recargado en uno de los estantes. El general responde al discurso, el pecho erguido y la voz pausada. Doña Carmen lo ve idéntico, después de nueve años, al cuadro pintado por Cusachs, en el que aparece con sombrero montado de astracán negro y plumas de avestruz, uniforme de general del ejército republicano y botas altas, montado sobre el alazán sereno y poderoso; se arregla el collar sobre el vestido gris perla, aplaude el breve discurso del general que desciende del estrado y se dirige a la salida, mientras da instrucciones a Limantour y a Chousal y acaricia el bastón con mango de cabeza de león que le ha obsequiado personalmente la señora de Horigoutchi, y la valla vuelve a abrirse y suenan los acordes del himno.

Doña Carmen permanece en el jardín con las damas de sombreros empenachados, ultimando los preparativos para el *garden party* que se ofrecerá en Chapultepec en honor del cuerpo diplomático acreditado en México. La hija más pequeña de la familia Brest se alza sobre la punta de sus pies para besarla, y doña Carmen sonríe al sentir la mejilla pegajosa de limonada y caramelo.

La multitud se deshace tras la partida de la escolta y del landó negro tirado por los caballos blancos en que el general sube, levantando apenas la mano, sin sonreír. El empleado

de la oficina del Ferrocarril Central ríe al ver que los policías logran finalmente bajar a los léperos que escapan corriendo por la calle del Chopo hacia la Ribera de San Cosme, acompañando su despedida con blasfemias y señales obscenas. Adamo Boari es asediado por un grupo de estudiantes de arquitectura interesados en las estructuras utilizadas por Eiffel y en los planos del Teatro Nacional. La mayor de las Casasús guía un ojo al *lagartijo*, al mismo tiempo que desliza furtivamente una nota entre sus dedos. Don Justo se acaricia la barba mientras comenta los preparativos finales para el viaje científico y cultural a Teotihuacán. Afuera del museo, los landós y los túburi se alejan en distintas direcciones, sus ocupantes anhelando el paseo de San Francisco y Plateros. Los aeronautas primitivos encienden los Ford y se dirigen a los llanos de Balbuena, dispuestos a hacer realidad los sueños de Icaro, y Tablada ya irá por Reforma en su automóvil nuevo, suspensas en sus pupilas las sutiles estampas japonesas, la doncella de rostro palidísimo que interroga su belleza en un espejo, los delicados sembradores de arroz en los quitasoles, los dragones escarlatas sobre las noches negras y brillantes de los kimonos, y Julio Ruelas en el estudio dará los últimos toques al dibujo en sepia de un fauno a punto de poseer a una ninfa menos Rubens, más Ingres y casi Alfons Mucha; el Paseo de las Estaciones y la calle de Chopo quedarán sembradas de papeles multicolores, de banderas mexicanas y japonesas, de ramas rotas del ciprés que algunos utilizaron como mirador, y en San Cosme los léperos pensarán en visitar por la tarde los nuevos aparadores de *Las Fábricas Universales*, y Miguel Lebrija revisará su globo para la ascensión al día siguiente, los empleados colocarán en la canastilla la manta con el nombre de la fábrica de cigarros *El Buen tono, s.a.*, y los aeronautas en los Ford celebrarán el vuelo de Glenn Curtis sobre el lago Erie, y en un mismo Brougham, rodando por Plateros, el general González Cosío comentará con el embajador Creel los preparativos de Turquía para la guerra con Grecia, y el landó brillante estará ya dentro de Palacio, el general aún pensará en Creelman y se sorprenderá al entrar en su despacho repasando en la memoria líneas textuales de *La sucesión presidencial*, el empleado de la oficina de itinerarios del Ferrocarril Central consultará el reloj, guardará en el cajón de la derecha las listas de viajeros y abrirá el cajón de la izquierda, el mismo en el que se encuentra la pistola, extraerá un legajo de hojas sucitamente mecanografiadas que comenzará a copiar con su hermosa letra, manchando ligeramente, pero corrigiendo a tiempo la pata de la p: *Plan de San Luis . . .*, y antes de echar llave al cerrojo y correr la persiana, contemplará las palomas que se posarán en la bóveda del museo, en las agujas de remates caprichosos y vivos, brillando en toda su intensidad bajo el espléndido sol del mediodía.

N' importe où, pourvu que ce soit hors de ce monde.

BAUDELAIRE

A (), ella sabrá comprender este silencio.

1961

Sólo cuando decides llevar tú mismo tu equipaje, después de contemplar largo tiempo los andenes de Buenavista, las vías que traga el horizonte, la noche iluminada por los faros rojos en los rieles, sabes que has estado pronunciando en silencio el



nombre que ya en Insurgentes encarna entre tus labios y el aroma fresco y eléctrico de las calles recién lavadas por la lluvia: Lorca. Cruzas la avenida, sientes un viento ligeramente frío que te penetra por debajo del pantalón y doblas en Manuel Carpio. Reconoces, como si nunca te hubieras separado de ellas, esas calles que parecen haber sido hechas para el crepúsculo y la noche, nunca para el día. Sólo los gritos agudos y lejanos de los niños que todavía juegan a esa hora acompañan tus pasos, y justo cuando vas a atravesar Mariano Azuela, un grupo de niños sobre patines de ruedas cruza en dirección a la tuya. Te detienes y los ves alejarse, o más bien, *la ves alejarse*, contemplas la figura flexible de esa niña de cabello suelto y tobilleras desordenadas y vuelves a repetir: Lorca.

En el fondo de la calle aparecen los árboles de la alameda de Santa María, la marquesina verde y brillante del cine Majestic. Llevas la mano a la bolsa, sacas el llavero y ya estás frente al 217 de la calle de Pino; mano y llave se detienen frente a la cerradura de esa puerta estrecha y alta donde aún persiste el ángel de piedra en el dintel, las persianas de madera en las ventanas son las mismas y las columnas que sostienen la terraza del frente aún se levantan sin cuarteaduras. Abres y entras en esa oscuridad que suspendes al contacto de tus dedos con el apagador, cuyo lugar permanece fiel a tu memoria. Todo permanece igual, intacto, como si no hubieran transcurrido estos seis años y sólo por la mañana hubieras salido a la escuela y regresaras para el beso de llegada a Lorca y tía Isabel. Recorres con la vista los retratos de Cárdenas, el gran mapa de España en el vestíbulo, el tapizado rojo de los muebles y toda la ebanistería nogal oscuro. Miras el teléfono y piensas en llamar a Julián o Alfonso, pero desistes al comenzar a sentir el cansancio de cuatro días de viaje en ferrocarril. Te diriges a la cocina. En la mesa, una nota del viejo José disculpándose por no haber estado a tu llegada, que regresará el lunes y que este fin de semana lo pases lo mejor que puedas. Llenas un vaso de leche, te recuestas en un sofá de la sala, ves en la mesa de centro tus papeles listos para matricular en la universidad y un recado de letra de tu hermana Leonor. Sabes que tampoco la llamarás esta noche y que quizá será mejor no visitarla en mucho tiempo. Mejor caer de



improvisó una tarde por su casa, conocer a los sobrinos y tomar el café en su compañía; seguramente conservará su sonrisa franca y segura —lo más hermoso, siempre dicen todos—, de Leonor. Detienes tus pensamientos al darte cuenta de que han desaparecido de los muros todos los retratos de Lorca. Te incorporas, miras en la sala, en el vestíbulo, y subes a la biblioteca. Sólo allí permanece el único retrato, en el que aparece toda la familia. Allí estás tú, varón solitario en ese cuadro de mujeres: Tía Isabel, tu madre, tus hermanas y tu prima Lorca, con el mismo vestido de la primera vez, la mañana en que recibieron el tren que las traía de Veracruz. Recuerdas que era agosto, porque días después cumplías seis años y tu madre diciendo mientras te abotonaba el saco que fueras bueno con tía Isabel, que había sufrido mucho desde que mataron a tío Esteban, que sólo por un milagro habían podido salir de España, que quisieras mucho a Lorca.

Entonces la vergüenza y el miedo pasan a un segundo plano y sólo es Lorca, Lorca vestida de amarillo, pero más vestida por sus ojos y su sonrisa que alguna vez conocí en fotografía, pero que sólo ahora adquiere su verdadera existencia, su movimiento real, como el único sol que yo consideraba hermoso, filtrándose en las mañanas por las cortinas apenas verdes del cuarto de mi madre.

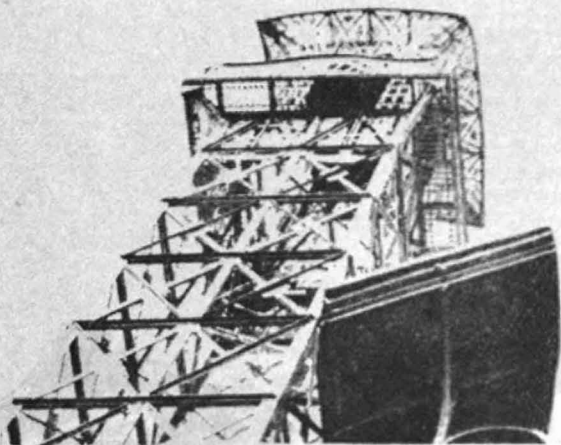
Despegas la vista de la fotografía y sales de la biblioteca. Las estrellas parecen girar mientras subes rápidamente a la azotea por la escalera de caracol. Más allá de las copas de los árboles de la alameda, sobre tinacos y tendederos, las dos torres del viejo museo del Chopo. Pronuncias por tercera vez en esa noche: Lorca.

:: :: ::

Después de haber pasado la mañana con Julián, Alfonso y los amigos, la comida que te hicieron en casa de tu hermana Leonor, miras en el vagón del metro los nombres de las estaciones. Vacilas un momento: Leonor te ha dicho que debes bajar en San Cosme, pero lo haces en Revolución. Son las cinco de la tarde, caminas por San Cosme, sintiendo el sol de otoño que te baña con su luz tibia. Llegas a González Martínez y en la esquina ves el viejo fresno seco, antes de doblar y acercarte poco a poco hasta encontrarte frente a ese edificio en el que todo, menos el tiempo, existe. Ves las torres esbeltas y elegantes, de metal negro y restos de óxido, los remates *mansard* deteriorados, sus vigas faltantes que dejan ver pedazos del cielo. En el jardín, un viento ligero sopla y decapita las puntas secas y amarillentas de la hierba que crece entre latas de cerveza, botellas y periódicos sucios. Las palmeras del frente se han ido marchitando, y muchas de sus ramas caen vencidas sobre las tejas arruinadas de la bóveda. Acaricias la verja helada, la corres y entras. No es la soledad: es una tristeza que crece gradualmente, haciéndose plena, íntegra, brutal, cuando desaparece el ruido de la calle, el asfalto desierto de González Martínez y entras en ese edificio en ruinas que recibe la luz del sol en rayos explosivos que penetran por toda la cristalería despedazada del vitral del frente. Repasas con la vista la bóveda de madera y acero, erguida en toda su ruinosa grandeza en lo alto del viejo museo de ciencias naturales, caminas por los pasillos parecidos ahora a una ciudad devastada por las bombas, entre las vitrinas vacías y polvorientas, ausente toda la colección que enloquecía a Lorca. Un aleteo rápido te

hace voltear nuevamente arriba: una paloma logra la pequeña odisea de cruzar de lado a lado la bóveda, recibiendo en su vuelo la luz del sol, que hace su cuerpo iridiscente. Continúas recorriendo los pasillos cubiertos de basura, de vidrios y de escombros, descubres molduras desprendidas de las vitrinas, idénticas a las que coleccionaba Lorca. Con el dedo recorres lentamente su relieve. Entonces te preguntas cuál fue el primer instante de Lorca, es decir, su verdadero instante, en el que no hicieron falta las palabras y quedó tendido el puente que enlazaba dos mundos. Al principio, no era posible en tu vida su existencia. Tú dormías en casa sólo los fines de semana, porque estudiabas en el internado. Cursabas segundo de primaria cuando Lorca entraba al sexto grado. El universo era entonces múltiple y sin límites, pero íntimo, tolerante y apacible: eran sábados por las tardes que transcurrían en compañía de Holmes y Watson en la persecución por el Támesis de *El signo de los cuatro*, o esperando la aparición del gigantesco sabueso de los Basquerville, oculto tras el seto de un jardín inglés a medianoche. De repente entraban tus hermanas hablando de Lorca, de su pasión por la música y las ciencias naturales, de sus juegos hasta el cansancio en la alameda de Santa María, de su capacidad para la invención, de su amor por las cosas antiguas. Aún así no hiciste nada, nunca diste el primer paso, como si supieras en el fondo que el instante llegaría sin que lo pensaras. Desde la llegada de tía Isabel y Lorca, la casa de la calle de Pino había adquirido la luz que no había vuelto a tener desde la partida de tu padre. Ahora hasta tus hermanas eran otras, como si todas tuvieran algo de la sonrisa imantada de la prima. Antes de la llegada de tía Isabel creías adorar a tu madre, pero poco a poco te fuiste dando cuenta de su egoísmo. Nunca le perdonaste que no quisiera a tu padre, y que por eso un día saliera de la casa para no volver. Tía Isabel, su diligencia en la casa, el nuevo acomodo de los muebles, las pláticas constantes en las que te decía que un día tú darías las órdenes en esa casa porque eras el hombre de la familia, contribuyeron a profundizar cada vez más el rencor hacia tu madre, que se volvió total cuando supiste de su decisión de inscribirte en el internado. Pero sólo durante tres meses. La tarde en que murió tu madre estabas en tu cuarto, sereno, mirando por la ventana la alameda de Santa María. Llorabas, pero no por la muerte de tu madre, sino por no poder llorarla como tu creías que se llora a una madre muerta. Entonces entró Lorca, dentro del drama, pero lejanamente salvada, protagonizado el drama pero al mismo tiempo con el timón en las manos. Por la forma en que te vio y habló —y esa fue la primera vez que en verdad hablaron—, te diste cuenta de que sólo ella intuía desde su origen el odio hacia tu madre, y que sólo ella podía comprender lo que sentías en ese instante, sin reprochartelo. Y dejaste de llorar frente a esa otra Lorca que aparecía frente a tí, muchacha de dieciséis años testigo del llanto de un varón de trece.

Y Lorca habla, pero es en su mirada donde yo recojo cada una de sus palabras, que parecen decirme cómo es Zaragoza, la ciudad donde nació, cómo se yerguen las seis agujas de su catedral en el horizonte, cuando se contempla la ciudad desde la carretera, y en sus ojos donde tiene su origen el viento del Ebro, que levanta el vestido de Lorca hasta la nuca. Lorca, sus cuatro años, en la lengua el sabor del cortado, la leve reminiscencia del vino tinto agudo.



Fue unos quince días después del entierro que tus hermanas decidieron continuar sus estudios en Monterrey, porque no soportaban los recuerdos de tu madre en la casa de Pino. Tú preferiste permanecer, saliste del internado, y todas las tardes desde entonces fueron Lorca. Después de las tareas y los besos a tía Isabel eran las carreras entre las vías de Buenavista, subir las escaleras del puente de Nonoalco y sentirlo vibrar bajo las piernas, contemplar las estrias del sol desde lo alto, aventurarse en las casas de lámina y cartón detrás del puente, acercarse a lo desconocido y perder el miedo en la risa de Lorca, en la ola tibia de su aroma, en su proximidad inevitable, sintiendo tu mano en su mano, su respiración acelerada en la carrera, a veces perseguidos por borrachos celosos de su intimidad y su penumbra. Y cada tarde eran Lorca y tú ensanchando el universo, descubriendo y colonizando nuevas galaxias en el microcosmos, buscando nuevas calles, nuevos solares en qué representar las farsas y comedias que inventaba para tus hermanas y que ahora tú habías heredado, espectador solitario con cualquier piedra como butaca, con Lorca como único espectáculo y el amplio cielo de la tarde como escenario. Pero la alegría sin freno se volvió sedentaria y el universo tuvo un lugar para alojarse la tarde de octubre en que Lorca y tú descubrieron el museo del Chopo.

Recorremos esa galería alta que parece querer derrumbarse con el sonido de nuestros pasos, ese edificio habitado por el enorme esqueleto del diplodocus y el polvoriento mamut de los colmillos gigantes, y alrededor de su reinado, las vitrinas que encierran momias y esqueletos humanos, el venado bicéfalo que vomita serrín y borra por orejas y hocicos, el asno con cuernos en las pezuñas, los pájaros disecados que están suspendidos desde lo alto de la bóveda, por cuyos flancos entra una luz cegadora como único vestigio de vida en este cuarto inmenso en el que se ha detenido el tiempo; donde vasijas, esqueletos y animales disecados sólo esperaban el contacto mágico de los ojos y la sonrisa de Lorca para adquirir existencia, para moverse sin vivir, para rebelarse a la muerte. A todo lo largo del museo, por el pasillo central, Lorca acaricia el plumaje de las avestruces disecadas en diferentes posiciones, que con la luz del sol y con sus manos parecen querer desprenderse de sus bases.

Pronto el cuidador no llegaba sino por las noches, a cerrar. Entonces fueron los inauditos juegos ya sin miedo, las danzas con las avestruces, y Lorca abrazando los esqueletos sin temor, en poses de muchacha de los treinta; Lorca subiendo por la escalera hasta los remates de las torres del museo y allí Lorca gritando tu nombre, extendiendo los brazos, los dibujos caprichosos del acero pareciendo alas enormes en su espalda; Lorca explicándote la evolución del pez al hombre, animándote a romper junto con ella las vitrinas, y Lorca colocando todo su tesoro en su cuarto de la casa de Pino, las vasijas antiguas, los peces fosilizados, las molduras de las vitrinas, el mapache disecado y los esqueletos de mamíferos pequeños, los polvorientos colibríes, las mariposas brasileñas en su marco, y Lorca bailando bajo el esqueleto del diplodocus, acompañada por la música rudimentaria de tu armónica.

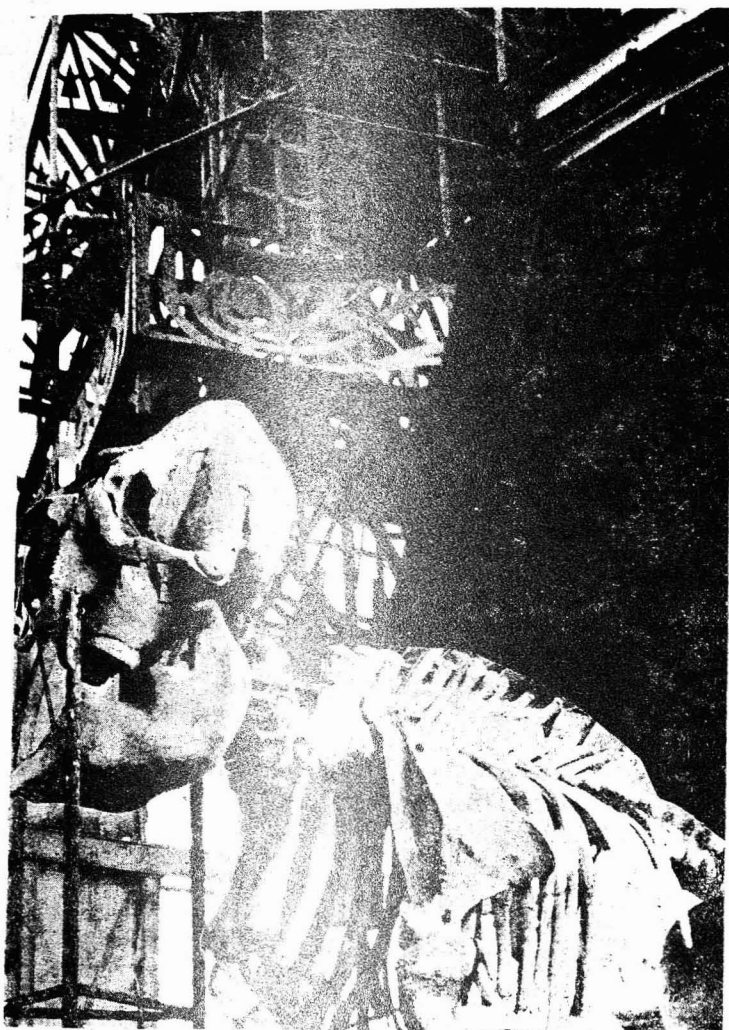
Tu cuerpo flexible no conoce la estática y dices que ahora vas a ser la gran vedette. Yo digo que para ser la gran vedette

necesitas plumas, y tú no tienes un vestido de plumas, pero desnudamos a un avestruz y subes, ya vestida de vedette a la vitrina. Danzas. Al principio cuento, tú los brazos en cruz y el cuello en lo alto, el sol dibujando un cuadro de luz en tu espalda; armonizo tus primeros pasos, uno, dos, tres, cuatro, pero mientras más se inundan mis ojos y mis oídos de tu danza, voy perdiendo la cuenta de las notas, hasta que todo se reduce a la entrada y la salida de mi aliento a través de la armónica. Tu taconeó es rápido en el sonido, breve en el tiempo, íntegro y permanente en la bóveda que algunas palomas atraviesan, acompañando nuestra ruptura del silencio. Arriba, la luz entra a borbotones por los cristales rotos del vitral de la entrada.

Recorres con la mano la misma vitrina en la que danzó esa última tarde Lorca, y con un dedo repasas la espesa capa de polvo depositada en ella. Ahora, ninguna paloma cruza la bóveda y el silencio es absoluto. Acaso algún cristal del frente se mueve en su batiente, con un movimiento apenas perceptible.

Cae en mis brazos, riendo, exhausta por el baile y por el baño del gigantesco sol que entra por los ventanales. La oprimó contra mi pecho y siento en mi nariz el cosquilleo de las plumas del avestruz. Tomados de la mano, nos tendemos boca arriba en la vitrina, uno junto al otro. Así, nada parece existir, ni Lorca, ni la escuela, ni tía Isabel ni la casa de Pino. Sólo el museo que se levanta en lo alto. Comienza a llover. Se filtra el agua por la bóveda y cae una primera gota sobre mi brazo. Será mejor que nos vayamos, voy a decir, pero ella aprieta más mi mano y me retiene, como siempre, sin palabras, sólo con la mirada y la sonrisa que ahora está ausente. Toma una de las lonas que están el pie de las vitrinas y nos cubre con ella. Lorca. Creo decirlo, con un tono que su nombre nunca había tenido en mis palabras. No puedo decir más porque su cabello ya está sobre mi nariz y mi boca, mientras repasa sus labios por mi cuello y siento sus manos frías en mi camisa. La aparto, veo sus ojos, a los que cada vez me acerco más, acaricio manos, brazos, hombros, hasta que mis manos son ocupadas por la redondez cálida e incierta de sus senos. Escucho cómo resbala suavemente su ropa, cómo resbala mi camisa y la hebilla de mi cinturón golpea en la madera. Nariz contra nariz, rodear su cintura, aspirar su fragancia, sentir el aleteo de sus pestañas en mi mejilla y su lengua que ahora habla en silencio, mientras sus labios pronuncian mi nombre sobre mi boca cada vez más rápido, cada vez más breve, mientras crece el ritmo de mi respiración, y a mis espaldas la lona y la madera, y frente a mí, el estrepitoso derrumbe de otra Lorca, la apertura de una ventana diferente, otro nombre para el universo. Y afuera de este mundo, sólo de Lorca y mío, llueve, y dentro de nosotros llueve la inevitable combustión de los contrarios. Alcanzo a escuchar los aletazos de palomas rezagadas que huyen de la lluvia, y Lorca pronuncia mi nombre con una voz que no he vuelto a escuchar.

Sales apresuradamente del museo, corres otra vez hasta San Cosme. Noche. Te internas entre la gente, vuelves sobre tus pasos y tomas Santa María la Ribera, sorprendido de que todo cambie así en unas cuantos pasos, y que estas calles pobladas por gentes y por luces ignoren el silencio que reina en ese museo, perdido tras San Cosme. Sigues caminando, maldiciendo



en el fondo a tía Isabel, aun cuando ahora comprendas que no pudo hacer otra cosa que enviarte a estudiar a Massachussets, tres meses después de la última visita al museo, cuando descubrió el embarazo de Lorca. Llegas a la alameda de Santa María, y subes el kiosco mudéjar, bajo cuyos arcos Lorca adoraba patinar hasta el cansancio. El reloj del museo geológico ilumina la negrura del viejo edificio. Recuerdas las cartas de Lorca, revisadas por tía Isabel antes de hacértelas llegar. En ellas te hablaba de los nuevos objetos que habían ingresado a su colección, en sus constantes y entonces ya solitarias excursiones al museo del Chopo. Pero ninguna palabra de ese viernes, en el que Lorca y tú le dieron su verdadero nombre al silencio. A los seis meses se suspendieron las cartas de Lorca. Tía Isabel nada decía. Un año después, ella misma fue a visitarte, para decirte lo de la muerte de Lorca. Trató de explicarte como pudo lo que habías hecho, te explicó lo que era un aborto, la muerte por hemorragia, y nunca olvidarás el rostro de tía Isabel cuando te lo decía, ni el beso que te dio al despedirse en el vestíbulo del colegio. Hasta una humedad distinta se sentía en sus labios en esa caricia que iba a ser la última. Ahora, has heredado la casa de la calle de Pino, a la que regresas, sin decir a nadie, para qué, que ni el relámpago azul o verde que cruza la mirada de Linda y su cuerpo de trigo y viento suave, pueden borrar el retrato de una Lorca que vive en cada una de las calles que ahora recorres, aunque estés comprometido para casarte con ella el próximo verano, que vendrá con toda su familia desde Virginia. Te levantas bruscamente, cruzas la alameda y entras a la casa. Subes las escaleras y encuentras cerrada la recámara que fue de Lorca. Te lleva media hora abrirla, con ayuda de un cincel y un martillo. Entrás, y el cuarto parece una reducción del museo del Chopo, con las mariposas brasileñas, los esqueletos cubiertos de telarañas y el polvo, que apenas permiten respirar. Tía Isabel lo dejó todo intacto. Pero tú buscas otra cosa, haciendo a un lado la colección de piedras y moluscos que siempre fueron los juguetes de Lorca. Por fin la descubres. Tras el pesado armario, junto a la cama, compruebas lo que Julián te dijo esta tarde, ya un poco borracho, aunque Alfonso haya querido desmentirlo. En el gran frasco de alcohol contemplas el feto violáceo que tiene los mismos labios de Lorca y la etiqueta con su letra menuda y temblorosa: *Para Eduardo, para que la guarde y la ame siempre. Octubre de 1954. Lorca.*

Y a través de la ventana de su cuarto, más allá de las copas de la alameda de Santa María, deformándose, dando la impresión de derrumbarse a través de tus lágrimas, las dos torres del viejo museo del Chopo.

1973

A Guillermo Garza Galindo

“Voy a decirlo todo de nuevo, pero sólo a usted, señor, porque sólo usted no se ha portado como los otros. Está bien que uno esté jodido, que sea de lo peor, pero no es justo que lo traten a uno a punta de fregadazos, ni hay derecho a que lo bañen con agua fría como si estuviera loco. Está bien, ya me tranquilizo, pero usted debe decirles que no busquen más, que se están haciendo pendejos inútilmente. Mire, señor agente, nosotros éramos cuatro, es decir, cuatro igual de desgraciados, igual de pobres, pero igual de amigos. ¿A poco no es cierto que uno casi siempre se junta con amigos que la pasan igual de jodido que uno? Y no digo jodido por falta de lana, porque ganábamos poco, es cierto, pero nunca nos faltaba que comer, sino de una joda más por dentro. Los cuatro éramos solos en el mundo, y no nos teníamos más que a nosotros mismos, como amigos. Eramos Salvador, Isaías, yo y Mario. Si viera a ese condenado de Mario cómo lo queríamos y cómo lo respetábamos. Hasta yo, así como ve de viejo y de maleado, siempre hacía lo que nos decía, y eso que le doblaba la edad. Era el único de nosotros que había hecho tantita escuela, cuando hacía sus cuentas viera qué bien nos quedaban los muros que enyesábamos, lisitos, lisitos y bien derechos. Usted quiere que le diga sobre los familiares de Mario porque no acaba de creerme ¿verdad?, y menos va a creerme si le digo que no conocíamos ni nuestros apellidos. A veces nos platicábamos de las familias, pero usted sabe, poco a poco la soledad se lo va tragando todo. Lo que sí recuerdo es que Mario había estudiado para radiotécnico, aunque nunca acabó porque le faltó chamba y ya no pudo seguir pagando la escuela. El fue quien nos animó a meternos de peones de riel en la estación de Buenavista, cuando nadie nos quería ocupar. No sé si usted leyó hace como cinco años sobre el *maestro* que asesinó a un ingeniero del gobierno; pues ese *maestro* resultó ser el nuestro, y por eso ya nadie nos quería en ninguna parte. Si viera que al principio no nos gustaba la nueva chamba, pero todos seguíamos siempre al Mario y pensábamos que con el tiempo nosotros también acabaríamos por poner la cara de lelo que él tenía cuando veía pasar los trenes. Una noche, me acuerdo muy bien, casi como si lo estuviera oyendo ahora, fumábamos un cigarro entre los dos, después de la última corrida. Me dijo que hubiera querido ser maquinista. A veces hablaba muy bien, yo no sé cómo repetir lo que decía, pero desde esa noche comenzó a gustarme más esto de los trenes. Nomás dese una vuelta por Buenavista una noche, allá hasta el fondo de los andenes, y va a ver qué tranquilo se siente el cielo y los trenes que se alejan con quién sabe quiénes dentro. Lo más bonito es cuando hay estrellas, porque entonces la noche se ilumina con chispas blancas y rojas de los faros de señales en las vías. Después todo queda en silencio y uno no sabe qué le pasa, pero algo se le sube a la garganta. Y todo eso lo aprendí del Mario, yo le tenía mucha estima al muchacho, cómo no. Hasta llegó a gustarme más esta chamba que la de yesero. Lo que no sé es por qué cuando las cosas van mejor, tienen que pasar las peo-



res desgracias, y precisamente a los que no la deben. La noche que le digo habíamos rayado, ya le digo a usted que ganábamos poco, pero la pasábamos bien, porque fíjese, no gastábamos en camiones de la casa a la estación desde que dejamos de vivir en la vecindad de la colonia Guerrero para irnos con todas nuestras chivas al museo del Chopo, una tarde que Mario se dio cuenta de que estaba abandonado. Al principio no nos gustaba ese edificio frío y grande como un templo, pero pronto nos acostumbramos. Además, la idea de Mario era que juntáramos dinero para poner más adelante un negocio de materiales. Aunque no todo fue fácil, no se crea, nos tuvimos que vérnoslas con borrachos que como nosotros, se habían dado cuenta de que nadie se fijaba ya en ese museo y que también querían su lugarcito. Hasta tuvimos una vez bronca con ellos, mire, todavía me queda la cicatriz del vidrio que me encajó en la panza uno de esos desgraciados. Pero como entre pobres todos nos entendemos, y se venía la temporada de lluvias, pronto cada quién señaló sus límites. Entre nosotros cuatro nos hicimos una casita dentro del museo. Juntamos varias de las vitrinas abandonadas y las cubrimos con todo lo que encontramos. Luego, desde que Isaías y Salvador se volaron unas lonas gruesas de un vagón de carga, el frío nos hizo los mandados. Lo que más nos gustaba eran las mañanas, porque al correr las lonas nos encontrábamos con un sol como nadie lo tiene, ni los de los caserones de las Lomas. Al Salvador y al Isaías les gustaba el relajo y a veces se encueraban toditos y brincaban bajo la luz del sol, haciendo como que se estaban bañando. Afuera del museo había una llave siempre con agua, así que ni eso nos faltaba. Lo teníamos todo sin pagar renta, sin tener que aguantar a viejas chismosas ni escuincles chillones. Además, ni vieja ni familia teníamos, no le digo que hasta en eso nos parecíamos los cuatro. Ah, pero no empiece usted a pensar porquerías, porque eso sí, todos éramos machitos. Antes, cuando trabajábamos de yeseros, Isaías se había juntado con una señora, pero supo que lo hacía buey a sus espaldas y se separó de ella. La mujer de Salvador murió por la misma época, y eso sirvió para que Isaías no pensara en vengarse de su vieja. Había noches en las que no llegaban los borrachos. A lo mejor se morían de frío o de puro briagos en la calle, porque muchos de ellos no regresaban ya. No me vaya usted a tomar por mal alma, señor, pero pa'mí que era mejor que se murieran, pobres diablos, para qué vivían si casi parecían muertos en vida, arrastrando sus cobijas por el frío del museo. Pues aquella noche que le digo, cuando regresábamos de la chamba, no estaba ninguno de los borrachos. Ya le dije que habían pagado, y como teníamos ya algo de dinero alzado, Salvador empezó a picarnos para que lo celebráramos, llevando botellas y viejas. ¿Usted cree que una mujer iba a querer irse con nosotros a ese museo tan oscuro y frío por las noches? Ah que Salvador, sólo a él se le ocurren esas cosas. Además, no me gustaba que llevaran a nadie al museo, usted sabe, un chisme y luego lo meten a uno al bote por vicioso y esas cosas. Total, que no muy conforme, el Salvador se salió con Isaías a comprar unas tortas para cenar. El Mario sacó su guitarra y se puso a cantar boleros. Después se quedó callado, y se quedó mirando el techo, si viera qué bonito era el museo, después de todo. Después, hicimos una fogata con una de las vitrinas, aunque pudiera ser que llegara el velador de la cuadra. No nos quería. Pero la lana es lana y con unos billetes en la mano o unos tragos en la panza, se iba como si nada hu-

biera visto. Ya nos empezaba a apretar el hambre y Mario iba a salir a buscar a los muchachos, cuando entraron Isaías y Salvador, cada uno con una vieja y dando la patada a alcohol. Apenas miré a las mujeres. Tomé a Salvador por la camisa y le dije que me sacara inmediatamente a esas mujeres, pero había tomado más de la cuenta y de un trancazo me tumbó al suelo, quiso seguir pateándose, Mario lo detuvo. Las mujeres gritaban. Mario y Salvador cayeron al suelo; Isaías, también perdido de borracho, se reía como un idiota. Sólo entonces ví la hoja brillante del puñal, relumbrando en la mano de Salvador, luego el lamento apagado de Mario que caía boca abajo. Después de esa noche me pelé, tomé un tren hasta Tampico y allí pude, con la recomendación de un compadre, trabajar en el vagón del correo durante dos años, hasta que me regresaron a Buenavista y volví a la vecindad de la colonia Guerrero. Allá en Tampico no me había ido tan mal, hasta me había juntado con una mujer y me la había traído. Ahora espera un escuincle mío. Pero qué cree usted, que una vez que regresaba a la casa ví desde lejos las torres del museo, y las ví distintas, como más nuevas y brillantes. No dejé de correr hasta llegar al maldito museo. Allí me di cuenta de que lo estaban arreglando y que empezaban a llevarse la basura y los escombros. Afuera había mucha gente que decía que se habían hallado montones de bolsas con dinero. El arquitecto no podía controlar a los albañiles, que buscaban dinero por todas partes. Y yo que pensé que nadie se acordaría ya de ese museo y que con el tiempo lo tumarían o se caería de puro viejo, para que ya no fuera refugio de borrachos y jodidos como nosotros. Yo le dije al arquitecto que dejaran las cosas como estaban, que no iban a encontrar nada más. Pero los albañiles casi me apedrean allí dentro. Salí hecho un idiota, sin saber ni qué hacer. En la noche volví, había luz dentro y estaba la puerta cerrada. Toqué hasta que me abrieron, dos albañiles y el velador de la obra, que se me quedaban viendo como si estuviera loco o borracho cuando yo les decía que debían largarse pronto y dejar por la paz a ese maldito museo, quise golpearlos al ver que ninguno me hacía caso, pero entre los tres me agarraron. Llamaron una patrulla, en la delegación me pusieron una santa madriz y luego, claro, así sí, me llevaron con el doctor. Después me aventaron en esta celda. Y como usted no ha sido como los otros, y como sólo usted ha aceptado oírme, porque me parece que usted sospecha algo más que lo que les dije a los otros, y porque se ve que es más abusado que la bola de pen-dejos que buscan tesoros que no existen en el museo del Chopo, le voy a decir que no hay necesidad de que busquen más. Lo que han encontrado son las baratijas que traían puestas las mujeres que llevaron Salvador e Isaías aquella noche, y los saquitos con pesos, son los ahorros que guardábamos en distintas partes del museo para el negocio de materiales que queríamos poner. Si quieren el resto de la lana, no la van a tener, porque sólo a usted le voy a decir que en la esquina derecha, debajo de todo ese montón de tierra y vigas que aún no han levantado, están los cinco cadáveres y el dinero. A las viejas, a Salvador y a Isaías que se los cargó el demonio. El dinero no es mucho, pero alcanzará para un entierro decente para Mario. Si no me cree, hasta le digo cómo coloqué los cadáveres, además allí va a encontrar el pico con el que los maté a todos y el cuchillo que asesinó a Mario todavía en la mano de Salvador."